

POR LA MEMORIA DE BOLIVAR

I

En *El Gráfico* del 28 de julio, en un artículo titulado *Delante de Dios*, escribe Cornelio Hispano, basándose en el *Diario de Bucaramanga*, lo siguiente:

«Por lo demás, Bolívar, menos diplomático que Napoleón, pero más sincero, murió impenitente, aun cuando la historia oficial, por ignorancia de ciertos documentos, haya dicho lo contrario, y no hay noticia, en el acervo de documentos que nos quedan de aquella época, de que nunca, salvo oficialmente, hubiera profesado alguna religión.»

A primera vista resalta una contradicción en lo anterior, pues si Bolívar era sincero, mal podía manifestar oficialmente lo que no sentía.

A renglón seguido agrega Hispano:

«En este punto están acordes en Venezuela los mejores historiadores críticos de Bolívar. Gil Fortoul, el primero entre ellos, se pregunta: 'Era católico Bolívar?' y responde: 'Apenas cristiano, o quizá puramente deísta, impregnado como estaba de la filosofía francesa del siglo XVIII. Contra el dogma católico, defendió siempre la libertad de conciencia y la de cultos, salvo en su paréntesis de reacción política de 1828.'» (Aquí una llamada con esta nota: «Hist. Const. Tom. 1, 495»).

Hispano dejó de transcribir el final del acápite de Fortoul, que dice así:

«Que se confesara a última hora, prueba solamente que ya el espíritu del Libertador no era más que su sombra.»

Este párrafo destruye por su base la aserción de que Bolívar muriera impenitente. Y ya el mismo Fortoul en la página 494 de la obra citada por Hispano, había tratado con detalles de la confesión del Libertador.

Lo aseverado por el distinguido venezolano en la parte del aludido acápite que no copió el historiógrafo caucano, no prueba lo que pretende probar, y debe considerarse tan sólo como una opinión errónea. Bolívar, pocos momentos después de confesarse, dictó y firmó su última proclama, modelo acabado de elocuencia y de virilidad, que remata así:

«Colombianos: Mis últimos votos son por la felicidad de la Patria: Si mi muerte contribuye a que cesen los partidos y se consolide la unión, yo bajaré tranquilo al sepulcro!»

¿Puede admitirse que las anteriores palabras fueron pronunciadas por la sombra de un espíritu? Nó! Mil veces nó!

Que Bolívar no murió impenitente se puede afirmar de manera rotunda.

Creemos que Hispano al hablar de la «historia oficial» que no le merece crédito, se refiere a dos de los documentos publicados en la *Gaceta de Colombia* de 12 de enero de 1831, a saber: la comunicación dirigida de Santa Marta el 10 de diciembre de 1830, por el Jefe de Estado Mayor del Magdalena al Secretario de Guerra y la certificación del escribano José Cayetano Noguera, respaldada por las firmas del Obispo Estévez, del General Montilla y otras personas fidedignas, en que se da cuenta de la alocución dada por el Libertador *después de haber recibido los auxilios espirituales*. El primer documento es de este tenor:

«Son las 8 de la noche, y cumpliendo con la orden que acabo de recibir del señor Comandante General, que se halla a una legua de esta ciudad, en la casa de campo llamada San Pedro, en donde se halla enfermo el Libertador, debo decir a V. E. que S. E. camina por momentos a su último fin, y que habiendo recibido al anochecer de mano del Ilmo. señor Obispo el sacramento de la Eucaristía y el de la Extremaunción, apenas

le quedaba a sus amigos el débil consuelo de cerrarle los ojos....»

Para nosotros estos documentos son incontestables, porque además de tratarse de declaraciones de testigos presenciales, están de acuerdo con la narración de autores contemporáneos de reconocida veracidad. Veamos algo sobre el particular.

El señor Alejandro Próspero Reverend, médico de cabecera de Bolívar, cuenta en el Diario que llevó de la enfermedad, en la parte correspondiente al día 10:

«Habiendo estado por la tarde más despejado a beneficio del cáustico, S. E. hizo sus disposiciones espirituales y temporales con la mayor serenidad, y no le reparé la menor falta en el ejercicio de sus facultades intelectuales, lo que atribuí también al efecto del vejigatorio.»

El mismo facultativo francés escribe en otra ocasión:

«El cura de la aldea de Mamatoco, cerca de San Pedro, acompañado de sus acólitos y unos pobres indígenas, vino de noche a pie llevando el viático a Simón Bolívar. Qué contraste! ¡Un humilde sacerdote y de casta ínfima, a quien realzaba sólo su carácter de ministro de Dios, sin séquitos y aparatos pomposos propios a las ceremonias de la Iglesia, llegase con los consuelos de la religión al primer hombre de Sur América, al ilustre Libertador y fundador de Colombia! Qué lección para confundir las vanidades de este mundo! Estábamos todos los circunstantes impresionados por la gravedad de tan imponente acto.»

El historiador Restrepo dice hablando de Bolívar:

«El 10 por la tarde estuvo completamente despejada su mente y en pleno ejercicio sus facultades intelectuales. Cumpliendo, pues, con los deberes de cristiano, recibió la Eucaristía y la Extremaunción que le administrara el Obispo Estévez, quien le asistía en aquellos últimos y solemnes momentos de su vida.»

Debe tenerse en cuenta que Restrepo, además de ser amigo íntimo de Bolívar, fue poco tiempo después de la muerte de éste, compañero del señor Estévez en la Misión Diplomática al Ecuador, y que por consiguiente tenía que estar muy bien informado acerca de todo lo que atañía a los postreros días del Libertador.

El señor Groot, dice:

«Hizo confesión con el Prelado, quien le llevó la Majestad, que recibió de una manera edificante.»

La noticia de la cristiana preparación de Bolívar para entregar su alma a Dios se difundió por la República. En la oración fúnebre pronunciada en la Catedral de Bogotá por el agustino calzado fray Manuel Teodoro Gómez, en las solemnes exequias que se celebraron el 10 de febrero de 1831, se lee:

«Rodeado (Bolívar) de los buenos amigos, sirve de espectáculo de piedad a los unos y de dolor a los otros; hace con su ejemplo que todos recuerden la nada del hombre; su alma la ofrece como víctima a su Criador; quiere exhalar los últimos suspiros adorando a su Divino Redentor; recibe con ardor aquel Pan sagrado que lo ha de animar en la partida como aquel profeta para pasar a aquel orbe celestial.»

(Impresa en Bogotá por J. A. Cualla, 1831).

El presbítero José María Noriega en discurso pronunciado en la Catedral de Santa Marta en 1842, con motivo de la traslación de los restos del padre de la Patria a Caracas, se expresaba, invocando a Dios:

«Vos sabéis, Señor, que depositó sus pecados en el seno de vuestra Iglesia, y que os pidió perdón de ellos.»

Parece a primera vista que se encuentra contradicción entre algunas de las anteriores transcripciones, respecto de la persona que administró a Bolívar los sacramentos, pero al reflexionar sobre el hecho, se deduce que no hay discrepancia, pues el Santísimo fue llevado de la parroquia de Mamatoco a la quinta de San Pedro

por el respectivo cura, y administrado al enfermo por el Obispo Estévez.

El Libertador principió su testamento con esta declaración:

«Creando y confesando, como firmemente creo y confieso el alto y soberano misterio de la Beatísima y Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero, y en todos los demás misterios que cree y predica y enseña nuestra Santa Madre Iglesia Católica, Apostólica Romana, bajo cuya fe y creencia he vivido, y protesto vivir hasta la muerte, como católico fiel cristiano.»

Deseamos que los anteriores testimonios modifiquen la impresión de amargura que habrán producido entre muchos de los lectores de *El Gráfico* las palabras de Cornelio Hispano, por quien, sea la oportunidad de significarlo, tenemos sentimientos de estimación y aprecio.

II

Cornelio Hispano publica, con el título de *Cuestión histórica* un artículo para rebatir el nuestro, *Por la memoria de Bolívar*, y aunque declara que no entabló polémica, a nuestro pesar, no podemos guardar silencio, porque somos enemigos de las «persecuciones,» de las «supersticiones» y del «fuego,» elementos hostiles al brillo de la verdad, de que nos habla Hispano, y de los cuales, según parece juzgar él, hemos resultado agentes.

Queremos ante todo que la luz plena resplandezca sobre la historia de Colombia y que con serenidad y sin prejuicios se investiguen los temas dignos de estudio. Pasamos por alto las frases un tanto displicentes del ilustrado contendor, pero nos es forzoso confesarle antes de seguir adelante, que precisamente por haber leído algo más que la obra del señor Groot, estamos persuadidos de que ella vale mucho y observamos que

se cita de continuo por escritores de distintas opiniones.

Dice Hispano que las dos cuestiones fundamentales que sostenemos son: 1.^a Que el Libertador fue católico y 2.^a Que el Libertador recibió en su lecho de muerte los sacramentos de la penitencia y eucaristía de manos del Obispo de Santa Marta, doctor Estévez. Aclaramos: la única cuestión fundamental que pretendemos probar es la de que Bolívar no murió impenitente, contra lo aseverado en *El Gráfico*, de 28 de julio. Sabemos que los sacramentos de la Iglesia católica surten el mismo efecto, ora sean administrados por el Papa, ora por un *indiecito* legítimamente ordenado. En consecuencia, la deducción que habíamos sacado al final de nuestro anterior artículo acerca de la persona que dio la comunión al enfermo, carece de importancia.

Respecto de la primera cuestión a que se refiere Hispano, expondremos honradamente nuestra manera de pensar.

No sólo pertenece a la religión católica el que oye misa los domingos, ayuna en la cuaresma y reza por las noches el rosario, sino también aquel que habiendo nacido en dicha religión, recibido el bautismo, aprendido en el hogar las oraciones, y casándose por el ritual romano, conserva en el fondo del alma las creencias y se prepara espiritualmente al cabo de la existencia para rendir la jornada, aunque en el curso de la vida haya caído en involuntarios errores y permanecido separado de prácticas piadosas. En este sentido estimamos que el Libertador era católico. Y entre los datos que nos han llevado a la convicción de que en él se mantenían inextinguibles los destellos de la fe, merecen especial mención los siguientes, tomados de la correspondencia de Bolívar:

Desde Techo, el 8 de diciembre de 1814, explicaba a su amigo Jurado algo sobre la guerra a muerte en [Venezuela, y agregaba:

«Hé aquí mis decantadas crueldades, mi irreligión y todo lo más que me han hecho el favor de atribuirme los señores que no me conocen, o me conocen mal.»

En la carta que dirigió de Pasto el 10 de junio de 1822 al Obispo de Popayán, resaltan estos párrafos:

«El heroísmo profano no es siempre el heroísmo de la virtud y de la religión. Un guerrero generoso, atrevido, temerario, es el contraste más elocuente con un pastor de almas. Catón y Sócrates mismos, los seres privilegiados de la moral pagana, no pueden servir de modelos a los próceres de nuestra sagrada religión.»

Luégo suplica al Prelado que no se retire de la ciudad, como lo intenta, y añade:

«Vuestra Señoría Ilustrísima debe pensar cuántos fieles cristianos y tiernos e inocentes niños van a dejar de recibir el sacramento de la confirmación por la falta de Vuestra Señoría Ilustrísima; cuántos jóvenes alumnos de la Santidad van a dejar de recibir el augusto carácter de ministros del Creador, porque Vuestra Señoría Ilustrísima no consagra su vocación al altar y a la profesión de la sagrada verdad.»

En carta fechada en Guayaquil el 21 de agosto del propio año, dice a Santander:

«...Los dos tercios de mi vida se han pasado ya y el tercio que falta lo quiero emplear en cuidar mi alma y mi reputación; porque yo tengo que dar cuenta a Dios de mi vida pasada; y no quiero morir sin dejar antes mis cuentas corrientes.»

El 19 de mayo de 1823 escribe Bolívar a su sobrino carnal y encargado de negocios, don Anacleto Clemente:

«La fiesta de la Trinidad que se haga todos los años con la misma decencia que se ha acostumbrado antes, porque yo no quiero lujo en nada, pero tampoco indecencia.»

(El original de esta carta reposa en poder de don Juan B. Pérez y Soto).

Recuérdense además las palabras del Libertador al presbítero Gutiérrez en 1828:

«Me tomo la libertad de recomendar a usted al doctor Molano mi amigo, que sigue a Guaduas a arreglar los negocios de su comunidad; en lo que tomo el mayor interés por el restablecimiento de la religión y de las órdenes monásticas que tanto contribuyen a la civilización de este país y lo que es más, que trabajan incesantemente en impedir la propagación de los principios que nos están destruyendo y que al fin logran no sólo destruir la religión sino los vivientes, como sucedió en la revolución de Francia en que los más acalorados filósofos tuvieron que arrepentirse en lo mismo que ellos habían profesado; así fue que el Abate Renal murió despedazado de remordimientos y como él, otros muchos, pues sin la conciencia de la religión, la moral carece de base.»

Apunta Hispano que don Marco Fidel Suárez que «piensa mucho lo que dice, y mucho más lo que no dice,» debe opinar que Bolívar no era católico, cuando en famosa oración no lo menciona entre los que han doblegado la cerviz ante Cristo. Nos permitimos observarle que lo contrario se desprende del escrito del señor Suárez: *Bolívar y la Religión*, que salió en el número 20 de la revista *Eco de los Andes* (13 de abril de 1916), del cual, en gracia de brevedad, copiamos tan sólo cortos renglones:

«El Libertador, en lugar de guiarse por el criterio inicuo y vulgar que en todos tiempos han seguido algunos gobernantes respecto de la Religión y de la sociedad que la custodia y defiende, perteneció al número de los verdaderos amigos de la Iglesia.» Y adelante llama a Bolívar, «grande por sus talentos y hazañas y grande por su fidelidad y amistad a la Iglesia.»

El lector resolverá si es esta «cuestión agotada y archivada,» como lo asevera el distinguido señor a quien refutamos.

Dice Cornelio Hispano, aduciendo varios documentos, que el obispo Estévez no administró al Libertador; que tuvo con él un desagrado; que no volvió a la quinta de San Pedro Alejandrino después del 10 de diciembre; que no firmó como testigo la proclama ni el testamento de Bolívar, y que no asistió a su entierro. Echemos un vistazo sobre cada uno de estos puntos.

Pueda que Hispano esté en lo cierto en que no fue el señor Estévez quien administró a Bolívar, pues la relación del doctor Reverend que atribuye el hecho al cura de Mamatoco, transcrita ya en nuestro primer artículo, y la del testigo presencial general Ramón Centeno, formada en 1876, acorde con la del médico francés y transcrita por Hispano, son respetabilísimas. Mas otro testigo de peso, igualmente presencial, el apreciable don Juan Ujueta, sostuvo que el ministro en aquel acto solemne había sido el obispo de Santa Marta (véase *El Tradicionista* de Bogotá, de 8 de agosto de 1876), y así lo han narrado historiadores de crédito como el doctor José Manuel Restrepo y el general Posada, cuyas palabras es bueno que se conozcan: «El obispo de Santa Marta recogió el postrer aliento de aquel hombre, que se despedía del mundo como un santo, después de haber ilustrado a su patria como un héroe.»

Uno y otro debían estar bien impuestos, porque el primero fue íntimo amigo de Bolívar y compañero de viajes de Estévez, y el segundo desempeñó importante papel en Santa Marta cuando la traslación de los restos del Libertador a Caracas.

En efecto, hay lugar a dudas respecto de la persona que administró a Bolívar, pero este es asunto puramente accidental, que podría ser motivo de un curioso estudio. Ojalá tenga en cuenta quien lo emprenda,

el relato del señor don José C. Alarcón, recogedor de tradiciones, venerable caballero que sirvió en Santa Marta cargos oficiales en la dominación liberal y publicó en 1898 la historia del Departamento del Magdalena con imparcialidad y exactitud:

«El 8 se empezó a agravar (Bolívar), la tos no le daba tregua ni descanso. El Obispo Estévez que tan buena compañía le hacía, le indicó que se preparase para recibir los sacramentos del caso. Pidió que lo dejaran solo por unas horas para prepararse, después de las cuales se confesó con el Prelado y de su mano recibió la comunión; pero el viático lo trajo de Mamatoco a la hacienda, el cura de aquella parroquia, el presbítero Domingo Fernández.»

Nótese que con los documentos de que se sirve Hispano para probar un asunto accidental, queda comprobado el asunto fundamental de que Bolívar no murió impenitente.

Estamos de acuerdo en que el Libertador tuvo un desagrado el 10 de diciembre con el Obispo, y en que éste no suscribió el testamento, pero tales circunstancias nada significan.

Contra la aserción de que Estévez no volvió a San Pedro después del 10, tenemos un documento que se halla en el número extraordinario de la *Gaceta de Colombia* de 12 de enero de 1831, que además ratifica hasta la evidencia que Bolívar no murió impenitente: Es así su tenor:

«Yo el infrascrito escribano público certifico: que el excelentísimo señor Libertador de la República de Colombia Simón Bolívar, a mi presencia y a la de los señores ilustrísimo Obispo de esta diócesis doctor José María Estévez; general comandante general del Departamento, Mariano Montilla; general comandante de armas de Santa Marta, José María Carreño; general de división, Laurencio Silva; el auditor de guerra y mari-

na del Departamento, doctor Manuel Pérez Recuero; el coronel José de la Cruz Paredes, el coronel Belford Wilson, edecán de Su Excelencia; el coronel de milicias de Santa Marta, Joaquín de Mier; el primer comandante de Barranquilla y Soledad, Juan Glen; el juez político de Santa Marta, Manuel Ujueta; el médico de cabecera de Su Excelencia el Libertador, doctor Alejandro Próspero Reverend; el capitán Andrés Ibarra, edecán de Su Excelencia; el Capitán de la guardia de Su Excelencia, Lucas Meléndez y el teniente de la misma guardia José María Molina, firmó la anterior alocución que dirige a los colombianos, en su entero y cabal juicio, el día 10 de los corrientes, después de haber recibido los auxilios espirituales en la hacienda de San Pedro Alejandrino, una legua distante de Santa Marta. Y para su constancia firman los referidos señores en la indicada hacienda, a 11 de diciembre de 1830.

José María, Obispo de Santa Marta; Mariano Montilla, J. M. Carreño, José L. Silva, M. Pérez de Recuero, José de la Cruz Paredes, Belford Wilson, edecán de Su Excelencia el Libertador; Joaquín de Mier, Juan Glen, Manuel Ujueta, Alejandro Próspero Reverend, A. Ibarra, edecán de Su Excelencia el Libertador; Lucas Meléndez, José María Molina, ante mí, José Catalino Noguera, escribano.»

La alocución a que alude la anterior certificación es la proclama de que habla Hispano. Estévez no la firmó porque esa clase de documentos no requiere testigos, pero sí la autenticó.

En cuanto a que el Obispo de Santa Marta no asistió al entierro de Bolívar, también estamos de acuerdo con Hispano, pero esto no viene para nada al caso y es asunto traído de los cabellos. Y en uno de los documentos del cual copia Hispano un fragmento para afirmar su tesis, se encuentra una prueba palmaria en apoyo de la nuestra de que Bolívar no murió impeni-

tente. En la parte final de la partida de defunción de Bolívar, parte que no copió Hispano, figuran estas palabras:

«SE LE ADMINISTRARON TODOS LOS SANTOS SACRAMENTOS.»

(*Boletín de Historia y Antigüedades*, tomo 5, página 425).

En resumen: tenemos más de veinte testimonios de contemporáneos del Libertador de que éste no murió impenitente, y en contra sólo la opinión de Cornelio Hispano, nacido medio siglo después de sepultado el Héroe.

El gran poeta José Joaquín Ortiz terminó su composición *A la bandera colombiana* con esta estrofa dedicada a Bolívar:

«El amaba la patria: mas la patria
No era sólo para él la hermosa tierra
Que, como con un velo
Arropa el combo cielo
Y reverente encierra
Las cunas de los hijos y las tumbas
De nuestros padres caras:
Que en su seno también firmes reposan
De nuestro Dios las bendecidas aras;
Y fue así como en su hora soberana,
Pronto a dejar el mundo,
Se envolvió en la bandera colombiana,
Y con amor profundo
Pronunció lleno de esperanza el nombre
Del que murió por libertar al hombre.»

JOSE MARIA RESTREPO SAENZ

(De *El Nuevo Tiempo*).

